

LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 116.—1.º de Enero de 1875.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES Y DE LOS HERIDOS, A.....

Doña J. R. Que Dios le pague á V. la limosna de 20 reales, como nosotros se la agradecemos, y la bendice la pobre familia socorrida con ellos.

La Sra. Viuda de un militar y sus hijos. Se recibieron los trapos, muy buenos para hilas, y las 18 varas de frisa para distribuir entre los heridos y los pobres. Que Dios favorezca á los que de unos y otros se acuerdan, en medio de tanta gente como los olvida.

Una suscritora. Las cuatro hermosas envolturas y los 4 reales que acompañaban á cada una, fueron enviadas inmediatamente á cuatro pobres niños que estaban en la mayor desnudez. Si V. tiene hijos, que Dios se los conserve, y que sean el consuelo de su caritativa madre.

Doña F. A. de Ll. Hemos recibido las cinco camisas, dos sábanas, trapos, el pedazo de tela nueva y 40 reales para los pobres: á pesar de tener muchos suyos á que atender, no se olvida V. de los nuestros. Ya sabemos que su corazón es de aquellos en que halla eco LA VOZ DE LA CARIDAD.

Doña L. L. de A. Que el doloroso recuerdo de ese día en que nos ha enviado V. la limosna de 30 reales, halle algún consuelo con el que han dado á la desvalida y numerosa familia de un zapatero que se ha quedado ciego.

Se han aplicado á los pobres, como decimos á V. mas abajo los 300 reales, que ya no hacen falta para blindaje, y los 200 que su caridad ha añadido.

Los niños Juan Salazar Ferreira y su hermanita Rosario, José Sandoval y Acacio y sus hermanos Conrado, Leopoldo y Dolorcitas, que pudiendo disponer de 200 reales, en vez de emplearlos en juguetes y dulces, los han traído á la Redacción de LA VOZ DE LA

CARIDAD para que se distribuyan entre los pobres, les deben estos un gran favor y nosotros una gran satisfaccion. Si todos los niños que pueden hicieran lo que vosotros habeis hecho, ¡cuántos que se han quedado sin cenar hubieran tenido cena esa *Noche*, que los que en ella tienen frio y hambre oyen con horror llamar *Buena!* La vuestra debe haberlo sido con el recuerdo de una buena accion, que ojalá sirviera de ejemplo imitado por otros niños. ¡Si viérais que pobrecitos y qué desdichados son los *diez* que se han socorrido con vuestra limosna! Cinco no tienen padre, y los otros cinco le tienen encarcelado, y tal vez inocente. Ya veis, hijos míos, qué desgracia tan grande, y qué obra tan buena poder consolarla un poco. Si cada niño rico dijera,—*voy á proteger á un niño pobre*,—y cuidara de guardarle su ropa vieja y su calzado, y algunos ahorritos de lo que habia de emplear en juguetes, dulces y diversiones, los protegidos serian menos desdichados, y los protectores, creciendo en la práctica de la virtud, serian mas buenos. Esos hombres desalmados, egoistas, duros, puede asegurarse que no han sido niños caritativos. Continudad siéndolo vosotros, y recibireis el cariño de las personas buenas, las bendiciones de los pobres, y la de Dios, que os ayudará á ser buenos. Decidle á Amparito Acacio, que su aguinaldo de aquí se ha empleado en una suscripcion á LA VOZ DE LA CARIDAD, y que cada vez que reciba un número diga: *los pobres han recibido una limosna mia.*

A.....

Respetamos las razones que no tiene para guardar tan riguroso incógnito.

Aunque algun periódico ha dicho que los carlistas hacian otra vez fuego á los trenes entre Miranda y Haro, no es cierto. Con los 300 rs. que habia V. destinado al blindaje de los coches de 3.^o, y en vista de que no es necesario, se aplica á los pobres. Aumentados con otros 200 por su caridad inagotable, hemos podido dar colacion en la Noche-Buena á nuestros socorridos, y sabe V. qué consuelo tan grande ha sido para ellos y para nosotros. En ese dia, la mortificacion material del hambre, es menor que la que resulta de la comparacion de la alegría con el dolor, de la abundancia con la miseria. Bendita sea la que ha evitado este terrible contraste, en el pequeño círculo á donde puede estender su accion. LA VOZ DE LA CARIDAD, sus Redactores, envian á V. la espresion de su gratitud y el deseo de que sea consolada la que consuela tanto.

La Redaccion.

NOCHE BUENA.

Criados de frac negro, corbata y guante blanco sirven una opípara cena. Damas y caballeros lujosamente vestidos comen de variedad casi infinita de manjares delicados, beben de los vinos mas esquisitos. Hablan, rien, se chancean, brindan. Cuando ya no les es posible comer ni beber, ni reir mas, van entrando coches y saliendo convidados. Resumen de la funcion: muchos miles de reales gastados, muchas palabras dichas, de las que ninguna merece repetirse, y algunas indigestiones.

* * *

Aquellos estudiantes van á gastar esta noche su asignacion de dos meses. Primero al teatro, despues á la fonda. Vengan platos y mas platos, destápanse botellas y mas botellas. Voces, escándalo, vajilla rota; el que ébrio vuelve á su casa con auxilio ajeno, es el que hace y recibe menos daño.

* * *

Panderos, guitarras, chicharras y rabeles se oyen en aquella casa de vecindad: el ruido es tal, que no se perciben las voces por ser muchas y descompasadas. Hay besugo abundante y vino largo. Acabada la cena, á la calle y á la taberna hasta las doce; van á la Misa del gallo; á la taberna otra vez. Disputa, pendencia, riña. Se sacan las navajas. Un hombre á la casa de socorro y tres á la cárcel.

* * *

—Verdaderamente, con las cosas como están no debia uno pensar en comer ni en divertirse.

—Pero mamá, por Dios, ¿porque haya guerra vamos á morirnos todos? Nosotros no la hemos promovido ni podemos terminarla. Ya está tomado el billete.

—Pero, hijos, si no tengo gana de teatro; además, como he comido mas de lo regular, y bebido, contra mi costumbre, un poco de vino, me siento muy pesada.

—Irás en coche.

—Hace muchísimo frio.

—De noche se pone uno todo el abrigo que quiere.

—Al fin os saldreis con la vuestra.

.....

 —Hacia en el teatro un calor sofocante; la noche está cruel, he

sentido al salir á la calle una impresion como si me faltara aire para respirar. Me siento muy mal, creo que tengo una pulmonía.

* * *

¡Qué cosa tan terrible son estos dias señalados! ¡Qué doloroso en ellos el recuerdo de los séres queridos que ya no viven! ¡Cómo se marca y se siente el vacío que nos dejaron, la herida incurable que se abrió en el corazon al abrirse su tumba! ¡Cuán dolorosamente turba la soledad la gente que vocifera, y esa brutal alegría, cómo insulta el dolor sin consuelo! ¡Hace años vivia él, vivia ella! ¡Dios mio! ¡Cuán penosa es la existencia del que sobrevive á los que ama!

* * *

He visto montones, casi montañas, de frutas y de dulces. Mandadas de pavos; mozos y carros cargados con cajones; criados con regalos. No se puede dar un paso sin que se presenten á la vista cosas de comer: calles, plazas, tiendas, portales, todo está lleno. ¡Qué de cosas se ven en los escaparates! Parece imposible que se pueda comer tanto. ¿Se comerá? ¿Lo comerán? Otros años no me faltaba que cenar; este, nadie se ha acordado de mí. Si supieran lo que se sufre no teniendo que comer en medio de tanta abundancia, me hubieran dado una limosna. Al ver tantos y tan variados manjares, y tanta gente que va y viene comprando y vendiendo cosas esquisitas, y tantos preparativos de festin, el hambre me ha dado una mala tentacion, y he echado á correr, y refugiádome en mi cuarto contra aquellas malas ideas, que yo no sé cómo me han venido. Nunca habia pensado yo tales cosas. Voy á ver si me duermo; temo no poder dormir. ¡Hace tanto frio y tengo tan poca ropa!

* * *

¡Qué ruido tan infernal! No se hacen cargo que hay debajo un hombre moribundo. Ha muerto. Las voces de la orgía vienen á mezclarse á las voces del dolor de los que le lloran.

—¡Qué callen, por Dios!

—Cada uno es dueño de beber y de reir en su casa; hoy todo el mundo está alegre.

—¡Todo el mundo!.....

* * *

El año pasado estábamos alrededor de una buena lumbre; teniamos castañas, morcilla, compota y vino. Mi madre me daba la mejor racion, porque temia que no comería mucho tiempo en casa. Así ha sido. En tanto que otros comen, beben y se calientan, yo es-

toy de centinela, al raso y cubierto de nieve. Si tardan mucho en relevarme, creo que no me hallarán vivo.

*
* *

Los heridos de los números 3 y 19 han espirado. Al del 8 acaban de decirle que mañana es preciso cortarle el brazo, que se prepare; es un pobre quinto, y llora. Bien puede llorar sin temor de que nadie le vea; los enfermeros cenan alegremente y beben largo.

* * *

No lloreis, no me pidais de cenar, os he repartido el pan duro que habia; no tengo mas, yo no he comido. Estas criaturas no se hacen el cargo de nada, y le parten á una el corazon. Mañana será mejor dia; acostarse y dormir. Es triste no cenar hoy, ya lo veo, peor sería haber cometido un gran pecado. Los hombres parece que nos abandonan, Dios no, que nos da paciencia para sufrir estos trabajos. Antes de dormiros decid conmigo, hijos míos: Bendito seais, Señor, en la prosperidad y en la desgracia. Bendito que nos enviais la prueba y la fuerza para soportarla, y perfeccionarnos y ser mejores. Bendito, que á los pobres de bienes de fortuna les dais tesoros de resignacion y de esperanza.

* * *

—No canteis, no toqueis, no comais alegremente, acaso vuestro hermano no tenga que cenar, esté aterido entre nieve, herido, moribundo, muerto..... No cantes, por Dios.

—Hace pocos dias ha habido carta, madre, y estaba bueno y contento.

—La muerte puede llegarle mas pronto que á nosotros su carta. ¿Quién sabe si en este momento cae?

—¿En esta noche habian de pelear?

—No hay para ellos festividad solemne ni dia santo. Todos les parecen buenos para matarse, ninguno para pensar que ofenden al Señor y matan á sus pobres madres. Además de que vuestros cantos destrozan mi corazon, no está bien que suenen voces de alegría en casa de la madre de un soldado que está en la guerra. Mientras dura, nadie debia alegrarse, nadie.

—Cuando se prolonga se acostumbran á ella todos, y viven, si pueden, como si no la hubiese.

—Por eso dura. Los infortunios de la patria crecen mas cuanto menos se sienten.

* * *

Las nieves han interceptado las comunicaciones por algunos días; ya se hallan restablecidas. Hoy llega el cadáver de aquel jóven que murió en la última batalla. ¡Pobre madre!

* * *

Una persona que medita sobre el dolor de los que lloran y la alegría de los que rien, se pregunta: ¿Para quien será BUENA LA NOCHE del 24 de diciembre de 1874?

Concepcion Arenal.

CUADROS DE LA GUERRA.

IV.

Es bien penosa la consigna de aquellos artilleros: á treinta y tantos grados, en un barranco, sin un árbol á que guarecerse, ni la mas lijera brisa que renueve el aire sofocante, ni una gota de agua que temple la intolerable sed, y clavados en el abrasado suelo.

Despues de una rápida marcha en que no pueden beber, hacen alto; á ninguno se le permite separarse á mas de 20 metros de las piezas; la gente de aquella media batería, aunque fuerte, veterana y disciplinada, sufre dificilmente la terrible prueba. Primero se chanccean, y es de oír las cosas que darian por un jarro de agua; luego blasfeman, despues callan, y por fin murmuran, aunque muy por lo bajo.

El sargento se llega al oficial, y le dice:

—Mi teniente, temo que se nos va á morir la gente de sed.

—Tarda mucho en morirse de sed un hombre; pero en fin, si mueren, es nuestro deber morir donde nos mandan. Dígales usted que yo tengo sed tambien; que por darles agua haria un sacrificio, aunque fuera muy grande, pero que por nada ni por nadie hago el de mi deber. El enemigo ignora, y nos conviene mucho que siga ignorando, que esta columna tiene artillería; por eso hicimos la marcha forzada y sigilosa; por eso estamos aquí ocultos; la vista de un solo hombre con nuestro uniforme revelaría el secreto. Además, no conociendo el terreno, lo probable es que, buscando agua, hallasen la muerte.

Este oficial, muy firme para hacer cumplir las órdenes que daba, tenia la buena costumbre de razonarlas siempre que podia.

El sargento repite estas buenas razones y firme propósito; los soldados se resignan, pero se ahogan. Recuerdan la fuente donde

bebían de niños, el río en que se bañaban de mozos, la húmeda pradera y la fresca sombra de los árboles, bajo los cuales veían pastar el ganado. ¡Que habiendo en el mundo tantas cristalinas aguas se mueran ellos de sed!

—Bien hacían nuestras pobres madres en llorar cuando les dijeron: Tu hijo es soldado. ¡No hay cosa tan terrible como ser soldado! Los paisanos se mueren de enfermedad; nosotros ¡de tantas cosas! de balazos, de cuchilladas, de hambre, de frío, de calor, de sed como ahora, y corriendo de seguro fuentes por aquí muy cerca. ¡No hay cosa tan terrible como ser soldado!

Así piensan, y cuando piensan los soldados es que sufren mucho.

En lo alto de una de las dos cortaduras que forman el barranco, hay un pequeño huerto; verdean algunas coles; hay quien piensa que allí habrá tal vez agua, y pide permiso para ir á verlo. El oficial le niega; la orden que tiene no les permite alejarse tanto, y en semejante loma de seguro no hay fuente. En aquel punto verde fijan instintivamente los ojos deslumbrados por la reverberación del sol en la tierra desnuda.

Así mirando, ven á una niña que lleva en la cabeza un cántaro de agua y entra en el huerto. Le hacen señas con los pañuelos, le dan voces; está bastante cerca para oír cómo le piden por Dios que no emplee el agua en regar la verdura, mientras ellos se mueren de sed.

La niña huye, luego se detiene, después parece vacilar, y por fin viene con su cántaro á donde están los soldados. El oficial los forma, calcula la cantidad de agua que podría tocar á cada uno, y la distribuye; él no bebe: los soldados lo notan, y le instan para que beba; él dice:

—¿Cómo te llamas, niña?

—Yo, señor, me llamo María.

—María, ya ves que con el agua de tu cántaro ha habido para mojar la boca, no para apagar la sed. Tráenos otro, querida, ya ves que para mí no ha alcanzado.

La niña calla, y parece vacilar; el oficial añade:

—¿Tienes miedo?

—Un poco. No es hoy buen día para venir al huerto, y yo no hubiera venido si no fuese por llevar un poco de romero para una medicina.

—¿Tienes algún enfermo?

—Mi madre, que está en la cama sin poderse mover, y yo dije: de camino que voy por el romero, llevo un cántaro de agua y riego las coles, por si no puedo esta tarde ó mañana. Temo que no podré...

—Es de temer. Dios te ha inspirado la idea de regar tu huerto, y ya que has empezado una buena obra acábala; tráenos otro cántaro: yo no he bebido aún, y si tú estuvieses sedienta y yo pudiera darte agua, iría por ella al fin del mundo. ¡Qué de cosas te diría mi madre si supiera que su hijo se muere de sed y que tú puedes salvarle!

—Escribale usted que he ido por otro cántaro de agua.

María coge el vacío, le pone atravesado sobre su cabeza, sube la cuesta y traspone la loma. Unos temen que no vuelva, otros aseguran que volverá, y parece que tienen razón para afirmarlo, porque con aquella frente tan pura, aquella voz tan dulce, aquel rostro de ángel, no ha de ser posible la mentira ni la dureza.

No lo es; la niña aparece con su cántaro, y trae otro, y otro, hasta que nadie tiene sed: aquellos hombres parecen esponjas.

El oficial saca una moneda de oro, los soldados de plata ó de cobre, segun pueden, y se las alargan á María para que se compre el pañuelo mas bonito que haya en el lugar, ya que ella es la niña mas hermosa y mas buena.

—No quiero nada, dice; aquí no se vende el agua, como cuentan que sucede en las ciudades: además, yo no puedo tener dinero sin decírselo á mi madre, que si supiera esto acaso me reñiría, pero el Catecismo dice: *dar de beber al sediento*.

—Y dice muy bien.

—Estoy pensando que acaso ustedes me podrian hacer un favor muy grande.

—Habla, pichona.

—Habla, salada.

—Habla, querida.

—Habla, hermosa.

Dijeron todos en coro. La niña prosiguió con ese aplomo precoz que da el espectáculo de los infortunios, y que se nota con frecuencia en los habitantes de un pais afligido largo tiempo por la guerra.

—Como mi madre está baldada, no podremos irnos. Si ustedes entran tendremos mucho miedo, y si nos defendieran.....

—Mas que el estandarte.

—El que os toque al pelo de la ropa ha de llevar que contar.

—No faltará de tu casa un pollo.

—Te hemos de dar guardia como si fueras el General en gefe.

—Le diremos al alcalde que no te eche alojados.

—Ya verás cómo recordamos el agua que nos has traído.

Dijeron en coro los soldados; el oficial le preguntó dónde vivía, y la niña respondió:

—En la plaza, núm. 2.

—Si entramos, tu casa será un sagrado. ¿No quieres siquiera llevarte para memoria este pañuelo blanco con que te llamé?

—Mi madre me preguntaría cómo le tenia.

—Dile que te le has encontrado.

—Yo no miento á mi madre.

—Haces bien. Véte pues sin llevar mas que bendiciones.

—Adios, militares.

—Adios, lucero.

Todos la saludan: cuando antes de desaparecer detrás de la loma vuelve la cabeza, ve agitarse manos y pañuelos, oye palabras cariñosas, y dice para sí:

—Pues no son tan malos como dicen.

.....

 Llega un oficial de Estado Mayor, los artilleros se ponen en movimiento, colocan las piezas en la loma cerca del huerto de María. El jefe dice:

—Cuidado con no estropearla sus coles.

—No tenga usted cuidado, mi teniente, responden los soldados; y al mismo tiempo contienen á los mulos sedientos, que quieren arrojarse sobre el verde.

Las piezas están en batería; se hace general el fuego; contestado al principio con energía, despues débilmente por el enemigo, que se retira parapetándose en el pueblo, muy próximo al sitio en que se inició la accion.

Avanzan los batallones, avanza la artillería, que empieza á arrojar granadas sobre las débiles casas, que se derrumban. Los habitantes inermes huyen despavoridos; la tropa que allí se habia guarecido se defiende algun tiempo, y se retira despues. De los acometedores, unos van en su persecucion, otros entran triunfantes en el pueblo al compás de música marcial y cantos de victoria.

Los artilleros, tan pronto como las atenciones del servicio se lo permiten, buscan en la plaza el núm. 2: quieren cumplir la palabra que habian dado á la niña que les llevó el agua, y protéjerla. Al llegar á su casa ven al oficial que sale pálido, desencajado, trémulo. ¿Qué tendrá? Aunque muy jóven y recién salido del colegio, es valiente, firme, sereno; en pocas semanas ha visto la muerte de muy cerca, y siempre con rostro sereno; ahora apenas puede tenerse en pié, se sienta en un poyo á la puerta de la casa, y con la cabeza entre las manos, parece que no ve ni oye nada de lo que pasa á su alrededor.

Los soldados le miran sin atreverse á avanzar, ni poder irse de allí. Uno, mas resuelto, penetra en la casa, luego sale poco menos desemblantado que el oficial, diciendo: ¡Bien le hemos cumplido la palabra!—Vuelve á entrar, todos le siguen; apenas han dado algunos pasos, ven una granada que reventó y la niña muerta. Quédanse inmóviles y como clavados primero, luego se adelantan y la cojen para cerciorarse de que no vive, y cuando se convencen de que no hay esperanza de salvarla, vuelven á dejarla en el suelo, muy cuidadosamente y como si temieran hacerla daño.

La contemplan silenciosos, luego hablan bajo agrupándose, despues salen llamando la atencion del oficial, que levanta la cabeza. Uno de ellos se acerca, y le dice:

—Mi teniente, hemos pensado una cosa.

—¿Cuál?

—Aquel dinero que le dábamos por el agua, y ella no quiso tomar, emplearlo en hacerle una caja.

—Habeis pensado bien; ahí está la moneda que se negó á recibir; ahora no la rehusará: y entregando una moneda de oro á los soldados, se separa de ellos precipitadamente para que no vean que llora.

.....
 Veinticuatro horas despues, y al ponerse el sol, van camino del cementerio unos artilleros. Cuatro llevan un atahud cubierto de blanco y con una corona de flores, los otros á los lados, detrás el oficial, todos tristes y silenciosos.

Llegan á la última morada; colocan el féretro en la abierta fosa; el oficial dice:

—Soldados, no ha sido posible hallar á un sacerdote para que acompañe los restos de esta niña inolvidable; yo no sé las oraciones que la Iglesia tiene para los difuntos; que cada uno rece las que le enseñó su madre, y pida á Dios que reciba en su seno á esta inocente víctima, y perdone á los que la han sacrificado.

Diciendo esto se arrodilla; todos le imitan, y parecen orar con recogimiento.

Se levantan, se oye ese ruido que hace estremecer, el ruido de las primeras palas de tierra que caen sobre la madera de un atahud.

El hoyo se llena, y sobre la sepultura colocan una losa de pizarra en que hay escritas estas palabras.

MARIA,

niña de 12 años,
 criatura angelical,

muerta por aquellos á quienes habia hecho bien.

llorada por los que la mataron:

quien quiera que seas el que leas este epitafio,
maldice la guerra y predica la paz.

Concepcion Arenal.

LOS CONSUELOS DE LA MUERTE.

Non é ver che sia la morte
Il peggior di tutt' i mali;
E un sollievo pei mortali,
Che son stanchi di soffrir.

Esculpidos groseramente en un arbol de la hermosa quinta del *Desierto*, en Sarriá, ví hace algunos años estos versos. No es fácil adivinar si los inspiró una resignacion religiosa ó una desesperacion materialista.

Algunas veces los he recordado despues; una de ellas hoy, viendo un entierro. Entre los concurrentes, unos decian *¡Pobre hombre!*, otros apresuraban el paso, como para alejarse de aquel recuerdo de la muerte. Unos y otros me ofrecian la fotografia moral de la sociedad moderna sobre este punto. Mirar la muerte como la gran desgracia; desechar su idea como perturbadora del bienestar que se disfruta. *¿Es esto razonable?*

¡A vivir! ¡A sentir! ¡A gozar! Lícita ó ilícitamente, por móviles de virtud ó de vicio, para fines mas ó menos recomendables, la grande aspiracion de la generalidad de las personas es vivir aprisa, buscar y amontonar emociones, dar actividad febril á las concepciones del entendimiento y á los afectos del corazon, cual si se tratara de abarcar en algunos años de vida la vida de algunos siglos.

¿Y qué produce esta exuberancia de aliento vital? ¿A qué móviles obedece? ¿Obramos, al procurarla, por conviccion serena ó somos arrastrados inconscientemente?

¡Ah! La razon es bien sencilla. Obramos así porque la vida es corta y nos parece que es aún mas; porque la muerte se nos presenta siempre amenazadora en todas las edades del hombre, y para que no nos sorprenda, tratamos de aprovechar cuanto se pueda, en nuestro bien, los dias tan pocos que el Criador ha concedido á su criatura.

Si al menos, dada esa tendencia de nuestro espíritu, mirásemos la muerte sin espanto, como lo que es; como el término sabido y esperado de nuestra existencia; como el punto hácia el cual vamos

andando, cual viajeros en camino, desde que nacemos; no como una desgracia, sino como un suceso natural y, á veces, hasta como una esperanza consoladora.

Si estas ideas se generalizasen, serian de gran provecho moral para todos los que sufren y especialmente para los que sufren por ser pobres. Con ellos estan nuestras simpatías; para ellos son estas líneas.

Los hombres no somos lógicos y consecuentes en este punto. Mientras tememos la muerte, la olvidamos, como si con olvidarla la pudiéramos alejar un solo minuto: rechazamos su idea como un recuerdo importuno, sin fijarnos en que todo perece á nuestro alrededor y que todo nos presenta la imagen de una marcha progresiva de destruccion.

Desde el robusto cedro que vive siglos, hasta la flor hermosa que brilla un solo dia, todo el inmenso reino vegetal nos ofrece la imagen de la inestabilidad de sus bellezas.

En el reino animal la vida es tambien limitada, aunque en algunas especies sea fecundísima; y hasta en el mineral, en las transformaciones físicas del globo y de los diversos elementos que lo constituyen, las convulsiones geológicas, la destruccion lenta y progresiva de toda la materia, nos está gritando *¡muerte, ley de muerte!* por todas partes.

En cuanto á la criatura humana, no solo perece, sino que su existencia es un prodigio continuado. Desde la cuna al sepulcro, nuestro cuerpo débil, funcionando con un organismo tan perfecto como delicado, está sujeto á infinitas enfermedades y accidentes mortales. Cada dia que abrimos los ojos á la luz, despues del sueño, que es una muerte transitoria, recibimos una nueva vida, que se sostiene á pesar de su fragilidad, porque la Omnipotencia divina la ha fijado un término, y mientras no llega ese término, la preserva casi milagrosamente de todo lo que pudiera y debiera destruirla.

Y si nuestra obcecacion ó aturdimiento dudase de esto ó nos lo hiciese olvidar, el espectáculo de lo que vemos cada dia debiera ser una leccion bien elocuente. Mueren los ancianos por la extincion natural de la vida; pero mueren tambien los jóvenes y los que aún podian esperar algunos años de disfrutarla. Si echamos la vista á nuestro alrededor, ¡cuántos parientes, amigos y personas queridas hemos visto desaparecer! ¡Asombra el cálculo del plazo periódico en que cada poblacion se renueva por completo! ¡Espanta el considerar cómo el corto recinto de los cementerios va tragándose generaciones enteras!

Pues bien; lo que á los demás les mató, pudo matarnos á noso-

tros. No ha sucedido así: gracias á la bondad divina, continuamos aún en la tierra, pero por breve tiempo quizás, y cuando llegue nuestra hora, toda nuestra existencia pasada se reasumirá en dos cosas: para Dios, en las buenas ó malas obras que habremos hecho; y para el mundo, en el poco bien que hayamos procurado á nuestros hermanos, y en el recuerdo cariñoso que dejemos á las personas queridas.

Esto es ley inevitable. ¡Inevitable!..... sí; y aunque la palabra parezca terrible, no debe serlo: la muerte no deberia espantarnos, sino ser esperada, prevista y recibida con resignacion consoladora. Lo contrario es desesperarnos en la impotencia y aspirar al absurdo.

Imaginemos un imposible; figurémonos aquí en la tierra una vida, si no inmortal, duradera de siglos, en vez de serlo de años. ¿Gozaríamos mas? No, ciertamente; veríamos desaparecer de nuestro lado la generacion que nos es amada y con la cual hemos vivido; prolongaríamos una existencia aislada, cansada, enferma quizá, y llegaríamos á desear la muerte como reposo material para el cuerpo, y como esperanza celestial para el espíritu, que no perece.

Cuando la tradicion popular ha querido personificar en un individuo el crimen del pueblo deicida, no ha inventado castigo mayor que el de suponer un judío errante sobre la tierra, que anda y anda siempre, sin encontrar, aunque lo busca y lo desea, el descanso de la tumba.

Además, para el que sufre y tiene fe, ¿qué es la muerte mas que la comparecencia ante el Tribunal divino é inapelable, donde se liquida toda cuenta y donde empieza á aplicarse estrictamente la gran ley de las compensaciones, sin la cual habria que poner en duda blasfema la justicia perfecta de Dios?

¿Eres pobre? ¿Has sufrido miseria? ¿La has soportado con recto proceder y con cristiana resignacion, viendo sin envidia tu honrado abatimiento, al lado del ensalzamiento de otros hombres? Pues la muerte en Dios, no solo es para ti el fin de esa vida de penas, sino el principio de otra de verdaderas riquezas celestiales.

Vosotros los que sufrís por otro estilo, los que teneis el corazon lacerado por dolores superiores al de la simple pobreza; vosotros los que recibís en esta vida la amargura á mares y el consuelo á gotas; vosotros los que llevais, por vuestra culpa ó sin culpa vuestra, la marca del dolor esculpida en vuestra alma, no os considereis seres privilegiados de la desgracia, no levanteis grito de rebelion contra la injusticia que os condena á padecer, mientras otros gozan inmerecidamente; esperad la muerte; en ella está el cambio venturoso; allí se nivelan las penas y los goces; allí recibireis lo que aquí os

ha faltado. Al llegar nuestra última hora ¡dichoso el que ha padecido mucho en esta vida!.....

Finalmente, si nos asusta la muerte porque nos separa de las personas que son objeto de nuestro cariño, pensemos que esas personas son mortales tambien; que serán llamadas como nosotros á una nueva vida imperecedera; y aunque parezca impía osadía el querer penetrar en la clase de sensaciones que estén reservadas al alma cuando quede separada del cuerpo que hoy la sujeta, lícito y consolador es pensar que Dios, todo bondad, no ha de impedir quizás, en esa nueva existencia purísima del espíritu, cierta continuacion de los afectos que antes nos han hecho gozar aquí la mas noble de las sensaciones del corazon; el amor á nuestros semejantes.

¡Afuera pues, cobarde miedo á la muerte! Ya que la arrostran valerosamente el soldado en el campo de batalla, el marino en los mares tempestuosos, el misionero en su evangélico apostolado y el martir en la sublimidad de su fe, arrostrémosla todos, aunque no estemos en esas condiciones escepcionales de heroicidad, con el valor sereno del alma, con la conviccion de ser un suceso inevitable, y con la confianza suprema en Dios, que es el mejor depositario de santas confianzas.

Pobres que sufrís, seres que padeceis en todos conceptos, oidlo bien: no sois tan desgraciados como os creis; no teneis motivo de queja, porque..... sois mortales. La muerte sin fe será una gran desgracia, pero la muerte con fe, ¡qué gran consuelo!.....

Fausto.

Sevilla 30 noviembre 1874.

LECCIONES DE UN BUITRE.

(Fábula traducida del inglés.)

Estaba un viejo buitré en una desnuda prominencia con sus pollitos alrededor, á los cuales instruía sobre el modo de vivir de los buitres, preparándolos con la narracion del viaje de despedida que habia hecho á las montañas y las nubes.

Hijos míos, decia el viejo buitre, vosotros necesitais tanto menos mis instrucciones, cuanto que habeis tenido mi práctica ante vuestros ojos: me habeis visto arrebatat las aves del corral; apoderarme de la liebre en la cama y del cabrito en el pasto; sabeis cómo se deben clavar las garras y cómo se equilibra el vuelo cuando vais cargados con la presa.

Ya recordais el gusto del mas delicioso alimento; os he regalado á menudo con carne humana. Decidnos, exclamó uno de los pollos, ¿dónde puede hallarse el hombre, y cómo le conoceremos? Su carne es seguramente el natural alimento del buitre, pero nunca habeis traído al nido un hombre en vuestras garras. Es mui grande, dijo la madre; cuando encontramos un hombre, solo podemos desgarrar su carne y dejar los huesos sobre la tierra. Siendo el hombre tan grandote, dijo uno de los pollos, ¿cómo podemos matarle? Vos temeis al lobo y al oso, ¿por qué poder son los buitres superiores al hombre? ¿Es por ventura mas debil que una oveja? No somos tan fuertes como el hombre, replicó la madre, algunas veces dudo si tenemos su ligereza, y los buitres se regalarían pocas veces con su carne, si la naturaleza no le hubiera destinado á nuestro alimento, infundiendo en él una ferocidad estraña, que no he observado en ningun otro sér sobre la tierra. Dos manadas de hombres se encuentran á menudo, y estremecen la tierra con su ruido, y llenan el aire de fuego.

Cuando oigais ruido y veais fuego, que relampaguea á lo largo de la tierra, apresuraos á llegar á ese sitio, volando con la mayor rapidez, porque es seguro que los hombres se están destruyendo unos á otros; entonces hallareis la tierra con sangre humeante y cubierta de cadáveres, muchos de los cuales están magullados y desmembrados para mayor comodidad de los buitres. Pero cuando el hombre ha matado su presa, dijo el discípulo, ¿por qué no se la come? Cuando el lobo mata una oveja, no permite que los buitres la toquen hasta que él está saciado. ¿No es el hombre una especie de lobo? El hombre, contestó la madre, es el único animal que mata lo que no devora, y esta es la cualidad que le hace tan útil para nuestra especie. Si el hombre mata su presa y la pone en nuestro camino, dijo uno de los pollos, ¿qué necesidad tenemos nosotros de trabajar? Porque el hombre, replicó la madre, puede permanecer largo tiempo quieto en su cueva. Los buitres viejos pueden decirnos cómo habeis de vigilar sus movimientos. Cuando veais un gran número moviéndose en densas filas como una bandada de cigüeñas, debeis deducir que los hombres se están cazando, y que podreis pronto tener un banquete con sangre humana. Me alegraría saber, dijo uno de los pollos, la causa de esas carnicerías, y ¿por qué mata lo que no puede comer? Hijo mio, dijo la madre, he ahí una pregunta á que no te puedo responder, aunque estoy reconocida como el ave mas astuta de estas montañas. Cuando era joven acostumbraba á visitar á menudo el nido de un viejo buitre que habitaba en las rocas Carpatas; habia hecho muchas observaciones,

conocia los sitios que podian proporcionar presa alrededor de su habitacion, en toda la distancia á que podia llegar el mas fuerte volador entre la salida y la puesta del sol en el verano; se habia alimentado año tras año de entrañas humanas. Su opinion era que los hombres eran solo en apariencia animales vivientes, siendo en realidad vejetales con facultad de moverse; y así como las ramas del roble son sacudidas violentamente por el temporal, para que los cerdos puedan engordar con las bellotas caidas, así los hombres son impulsados unos contra otros por alguna fuerza inesplicable, hasta que pierdan su movimiento, para que los buitres puedan comérselos.

Otros creen haber observado algun plan y sistema entre estos dañinos séres, y aquellos que se ciernen mas cerca de la tierra pretenden, que hay en cada bando uno que dirige, y parece ser el que muestra mas placer en que haya una gran carniceria. Cuáles son los títulos que dan esta primacia, no lo sabemos; rara vez es el mas alto ó el mas sábio, pero se conoce por su ardor y diligencia en ser mas que los otros amigo de los buitres.

LA CARIDAD EN LA GUERRA.

En medio de la indiferencia de unos, de la desfavorable prevención de otros y de las calumnias de algunos, de tantas causas, en fin, como pasamos en silencio porque no ha llegado la hora de hablar, y que tienden á desacreditar la institucion de *La Cruz Roja*, esta continúa combatida, pero perseverante. La idea que representa no es de esas que está en manos de los hombres sofocar; pasarán los que la combaten, y ella no pasará. Pruebas de la esencial bondad que en sí lleva, son las simpatías que inspira y los inesperados auxilios que recibe: la lista de los donativos que á continuacion insertamos, es un gran socorro, un gran consuelo, y un mérito muy grande. Las manos benditas y generosas que acuden á consolar á las pobres víctimas de la guerra, santa y grande obra hacen con esa limosna, que es al mismo tiempo auxilio, ejemplo, apoyo á una idea elevada, y á los que no quieren que entre nosotros muera como buena semilla en tierra infecunda. Con toda la efusion de nuestra alma damos gracias á los que en España vienen en auxilio de los pobres heridos, y á los que mas allá de los montes y de los mares, sienten la voz de la patria donde se oye un ¡ay! doliente: ellos contribuirán á que algun dia haya una patria nada mas, que abrace toda la tierra.